

Hace seiscientos treinta y tres años que, al lucir la alborada del 23 de Noviembre, la Cruz del estandarte de Castilla tremoló por primera vez, después de la rota de Guadalete, sobre la torre de Muhamad-ben-Saad. Nuestros padres rompieron en tan gloriosa fecha las cadenas que retenían cautiva en el harem del Profeta á la bella Ciudad del Sol.

El pecho de los lorquinos late de júbilo al conmemorar tal fecha, y á nombre de nuestra Ciudad querida dedica un recuerdo á los ilustres capitanes que llevaron á cabo tan alta empresa, bajo las órdenes del Rey Sabio de Castilla.

LA REDACCION.

EL NIÑO

EN LA HISTORIA ANTIGUA

EDAD MEDIA Y MODERNA (1)



(CONCLUSION)

Las bienhechoras corporaciones denominadas de la Santa Infancia, cuyo poderoso influjo tanto se ha dejado sentir en aquellas apartadas regiones, han fundado en las mismas, Escuelas de primera y segunda enseñanza, en las cuales los asilados siguen carreras, artes ù oficios y tambien los dedican á la Agricultura, para cuyo fin los ilustrados y beneméritos misioneros españoles han establecido granjas modelos en donde los alumnos adquieren infinidad de conocimientos teóricos y prácticos que son de inmensa utilidad.

En el año 1871 el Gobierno Chino animado de un sentimiento de amor y de piedad hácia aquellos seres desventurados, creò cuatro hospicios en los extremos de la ciudad de Fockien, que dependen del que está situado en el centro y están sostenidos con los fondos de impuestos, contribuciones y con los derechos del ópio; á la vez publicó un decreto amenazando castigar severamente á los padres que ahogasen ò expusiesen á sus hijos; estas medidas enérgicas juntamente con las sociedades caritativas contribuyen poderosamente á la salvacion infantil del Asia; porque aunque las exposiciones de los pobres recién nacidos tienen lugar con frecuencia, las esclarecidas corporaciones misionistas ejercen una gran vigilancia para que sean recogidos inmediatamente é iniciados en los sublimes preceptos del Cristianismo, atendiendo con singular afecto y cuidado á su desarrollo físico, moral é intelectual, ¡Loor eterno á esos venerables apóstoles que con una abnegacion sin límites se consagran á ejercer la caridad en tan remotos paises.!

(1) Véanse los núms. 51 y 52

Si ciertamente la existencia del niño queda asegurada en todos los puntos donde ha penetrado la moderna civilización, no por esto debemos congratularnos de haber llegado al grado de perfección de que es susceptible tan trascendental asunto; pues el desenvolvimiento de la educación en su primera edad no es tratado generalmente con la consideración é importancia que requiere tan palpitante cuestión. El desarrollo físico, moral é intelectual del nuevo sér debe constituir el objeto primordial de la familia, del Estado y de la nación entera; todo debe sacrificarse en aras del cumplimiento de este deber sagrado del que depende el porvenir y bien estar de las generaciones futuras, y el cual está exclusivamente encomendado á la madre de familia; desde el momento que ella recibe esta noble y sublime magistratura, contrae la ineludible obligación de criar, atender y formar el corazón de su hijo, del sér de su sér, del alma de su alma y cómo no prodigarle todas sus caricias, todas sus ternuras, todas sus atenciones, si ántes de conocerle ya le amaba entrañablemente? además, el deber de la lactancia maternal está basado en la Naturaleza, en la Moral y en la Higiene; la sábia Naturaleza no ha hecho nada que no tenga su destino, provee á la maternidad de esa sustancia lactea para que alimente á ese precioso fruto que acaba de dar á luz. Un sábio y antiguo filósofo decia «El niño debe amar á su madre ántes de conocer la obligación de este afecto, pero si la voz de la sangre no es fortificada por el cariño, por el hábito y por los cuidados que se le tiene en los primeros años, el corazón muere ántes de nacer por decirlo así» por eso es evidente que la naturaleza prescriba y la moral lo decreta como ley que la verdadera madre amamante y cuide á su adorado vástago en esa peligrosa época en que su existencia se halla amenazada á cada paso. Ni las exigencias de la moda ni el temor de desmerecer su belleza no deben servir de obstáculo para el cumplimiento de esta obligación; porque ante las frivolidades humanas, está la voz de la conciencia y el deber natural y divino; el periodo más ideal, más encantador, más patético y en el que más elementos tiene á su favor la mujer para atraerse el amor, el cariño y las atenciones de su esposo y de la familia, es aquél en que lacta y estrecha en su regazo al ídolo querido de su corazón; esta misión sagrada la vemos fielmente cumplida en la ilustre Cornelia (dama Romana) que descuidando por completo sus adornos se dedicó esclusivamente á la educación de sus hijos, y fué ésta tan esmerada que no tuvieron rivales en la elocuencia ni en el manejo de las armas, siendo su hijo Tiberio el primero que escaló los muros de Cartago y elegido más tarde triunviro (Magistratura romana) en unión de su hermano Cayo, cuya distinguida señora desde su viudez no quiso que se le llamara la hija de Escipion, sino la madre de

los Gracos; si recorremos la historia observamos que tambien siguieron su noble ejemplo las damas Athenienses, Romanas, Celtaistas, Hebreas, Georgianas, Circasianas, Peruanas, Mejicanas, Alemanas, Inglesas, Holandesas, Francesas, Italianas y casi todas las mujeres de los Turcos y hasta de los salvajes, y finalmente, esos grandes genios que admiramos en las ciencias, en las artes, y esos eminentes poetas que tan gloriosa página ocupan en nuestra historia, todos en su mayoría han sido criados y educados por el amor maternal.

El confiar el débil recién nacido á la nodriza es renunciar al dulce título de madre, (cuyo nombre tanto alhaga) á las deliciosas caricias de su pequeñuelo y á su amor filial; y no sólo deja todas estas gratas afecciones sino que expone facilmente la vida del nuevo miembro que por lo general viene á labrar la felicidad conyugal; pues las estadísticas españolas y extranjeras nos lo justifican, porque de 100 niños criados por nodrizas han perecido 75, mientras que el mismo número lactados por la madre, apenas han dejado de existir 25, y esto se comprende fácilmente atendiendo á que el alimento maternal está convenientemente preparado para los débiles órganos digestivos del recién nacido y que sólo él reúne todas las circunstancias que son indispensables para el buen amamantamiento; por otra parte, los solícitos y continuados cuidados, la ternura, el cariño, que su primera edad reclama, sólo se encuentran en el corazón de la madre, porque sólo á ella le es dable conocer las necesidades, el dolor y el placer de su amadísimo hijo, y jamás unas caricias las más veces ficticias y pagadas, pueden sustituir á las engendradas por el amor y la Naturaleza.

Si al estrechar en su seno por vez primera á su tierno infante, le predigesen á una madre que al confiar la lactancia de ese pequeño ser á una persona estraña cuyos antecedentes ignora, lo expone á una muerte prematura ó á un padecimiento crónico ó á una imbecilidad ó á formarse completamente inepto para la familia, para el Estado y para la patria, ó que efecto de sus malévolas inclinaciones habia de ser su baldon, indudablemente desecharia esa idea y con el valor y abnegacion propios de su sexo alimentaria á su hijo y se consagraria exclusivamente á conservar su vida, á formar su corazón, sus costumbres, sus hábitos para que á su tiempo fuese un ser bueno, laborioso é inteligente y digno de ser imitado de sus semejantes; pues si trascendencias tan deplorables producen el prescindir del amamantamiento, de la maternidad, justo es que la buena madre fije en él su atención y sólo en un caso extremo y ordenado por el medio y el ménos tiempo posible entregue la existencia y el porvenir de su querido hijo á una persona completamente ajena á tan gran interés y bajo su vigilancia elija

para sustituirla en parte, no sólo una ama sana y robusta, sino también de sentimientos delicados y buenas costumbres, todo lo cual adquiere el niño por medio del lacticineo, y hace su felicidad ó su desventura.

Sobre tema tan importante se han ocupado algunos eminentes y antiguos escritores, como Platon, Plutarco, Fenelon, Rollin, Duguet, Balleur, &.^a y posteriormente el Citoyen, Mr. Richard, Siry, y en esta última época conocidos autores y la mayoría de la prensa han encarecido la necesidad y conveniencia de la lactancia maternal, como medio eficacísimo para disminuir el gran número de defunciones que hay en la primera edad: y aunque nada valga mi humilde y mal cortada pluma, también la he dedicado para el mismo fin, escribiendo una obrita que en breve se dará á luz, titulada *Educacion física moral é intelectual del niño con sus enfermedades*, en la que expongo las observaciones científicas que sobre esta interesante materia hacen los más sabios filósofos.

Si con mi perseverancia consiguiera en parte desterrar la inveterada costumbre que existe, por desgracia, en algunas familias, de fiar al cuidado de las nodrizas á sus inocentes vástagos, y persuadir á la madre de sus fatales consecuencias, sería la mayor recompensa á que aspira quien ha consagrado su existencia y escasos conocimientos á la educacion é instruccion de la infancia.

A. ELGUETA.

RECUERDO

DEDICADO Á MI QUERIDA HERMANA ENCARNACION.

Nace la aurora;
 La luz despierta;
 La mar murmura
 Dolientes quejas:
 Junto á la playa
 Que el agua besa,
 Hay una casa
 Con una reja:
 Tras de sus hierros,
 Una doncella

De ojos traidores,
De tez morena,
Cabellos negros,
Brillantes trenzas,
Labios de rosa
Y alma serena.

II.

¿Por qué suspira
Cuando contempla
La blanca lona
De la goleta
Que de la playa
Rauda se aleja?
¿Por qué solloza
Con tanta pena
Cuando la luna
Pálida y bella
Riela en las olas,
Baña su reja
Y últimamente
Su frente besa?
¿Por qué la niña
Los días de fiesta
Muy de mañana
Corre a la Iglesia
Y oyendo misa
Suspira y reza?
¿Qué pena tiene?
¿Qué mal la aqueja?
¡Tristes recuerdos
Que le envenenan!
Es mal de amores,
Mal de doncellas,
Mal que a la niña
Que la atormenta,
La pone triste,
Luego la enferma,
Y últimamente
Hace que muera.

III

Era una tarde
De primavera;
Las golondrinas
Cual nunca inquietas,

Se revolvían
 Junto á su reja:
 De su ventana
 Las madre selvas
 Llenas de lágrimas
 Estaban secas;
 El cielo oscuro;
 La mar revuelta;
 Y en lontananza
 Una goleta
 Su adiós postrero
 Daba á la aldea;
 Y como el tiempo
 A nadie espera,
 Llegó la noche
 Sin que á la reja
 Su tierno amante
 Rendido fuera;
 La niña entonces,
 Se ahoga de pena;
 Mira á la playa,
 Sale á la puerta,
 Se oculta triste,
 Suspira, espera,
 Pasa la noche
 Y nadie llega.

IV.

Ya era otro día;
 La luz primera
 De la mañana
 Rompió las nieblas,
 Rieló en las olas,
 Brilló en la esfera
 Y por montañas
 Que la mar besa,
 Bajó alumbrando
 Riscos, praderas,
 Luego la playa,
 Por fin la reja...
 Allí la niña
De tez morena,
Ojos traidores,
Brillantes trenzas,
Labios de rosa,
Y alma serena,

Vierte á raudales
 Lágrimas tiernas;
 Entre sus manos
 Oprime y besa
 Triste una carta
 Que halló encubierta
 Entre las hojas
 De sus adelfas.....
 —«Prima—la dice—
 Guarda estas letras
 Que en ellas te hago
 Nuevas promesas:
 Pobre y soldado
 Tengo por fuerza
 Que abandonarte
 E ir á la guerra:
 Y si allí muero
 Por que es mi estrella,
 Que no me olvides,
 Por mi alma reza;
 Pero si acaso
 Volver pudiera,
 Si por ventura
 Llamo á tu puerta,
 Levanta al punto,
 No te detengas,
 Que al pié del monte
 Hay una Iglesia
 Y á los amantes
 El cura espera.—

V.

Ha mucho tiempo
 Que la doncella
 Guarda esta carta
 Y por el reza;
 Le juzga muerto
 Y esa es su pena;
 Nadie la escribe;
 Solo la cuentan
 Por todas partes
 Hechos de guerra;
 Y ella más triste
 Cuanto más cuentan,
 Enferma y llora,
Suspira y reza.

VI.

Una mañana,
 Día de fiesta,
 La pobre niña
 No vá á la iglesia;
 Las aldeanas
 Sus compañeras
 La buscan tristes
 Por la ribera;
 Cruzan los prados,
 Corren la huerta,
 Tornan al pueblo,
 Van á la iglesia,
 Y así una hora
 Y otra hora entera;
 Todo es inutil,
 No dan con ella.
 —«¿Dónde está—dicen—
 Al que se encuentran,
 La hermosa niña
 De tez morena,
 Ojos traidores,
 Brillantes trenzas,
 Labios de rosa,
 Y alma serena?—
 A estas preguntas
 Nadie contesta:
 Unicamente
 Responden lentas,
 Como un gemido
 Que el pecho hiela,
 Las voces tristes,
 Vagas é inciertas
 De las campanas
 Que hay en la aldea:
 La incertidumbre
 Crece y aumenta;
 El sol declina,
 La noche llega,
 Y las zagalas
 Sus compañeras,
 Como palomas
 Que el tiro ahuyenta,
 Entre suspiros
 Y amargas quejas
 Buscan el lecho

llenas de pena.

VII.

Há muchos años
 Esta ocurrencia,
 Y de la niña
 Nadie se acuerda;
 Sólo una anciana
 Suspira y reza
 Junto á una tosca
 Cruz de madera;
 Al pié de un sauce
 Que la sombrea,
 La triste madre
 Dá rienda suelta
 A un mar de lágrimas,
 Que la atormenta:
 Todas las tardes,
 Cuando en la esfera
 Bate el crepúsculo
 Su luz incierta,
 Busca la anciana
 Triste y sin fuerzas
 El lecho fúnebre
 De la doncella.
 ¡Nadie la sigue!
 ¡Nadie la acecha!
 Sólo las flores
 Que la cruz besan,
 La hacen compañía
 Y oyen sus quejas:
 Y cuando oscura
 La noche llega
 Y entre suspiros
 Que al cielo vuelan....
 La pobre anciana
 Triste se ausenta,
 ¡Sólo las flores
 Quedan con ella!

J. RUIZ NORIEGA.

¡EBLIS!

CUENTO FANTÁSTICO.

Era una oscura noche del mes de Diciembre del año 1746: el huracan zumbaba entre las desnudas ramas de la selva con estrépito aterrador; la nieve caía en densos torbellinos, y el prado parecia vestido de fúnebre mortaja.

En un pequeño otero se levantaba una cabaña construida con troncos de árboles; una espesa humareda, escapándose por la chimenea, era señal de que sus habitantes buscaban al lado del fuego un refugio contra los rigores de la estacion.

Con efecto, en una pequeña habitacion, cuidadosamente blanqueada, y en cuyo hogar ardian varios troncos, templando la temperatura interior, se encontraban dos personas: Willem y Martha, los hijos de Fritz, el cazador de gamos.

Willem era alto y robusto; su morena fisonomia, por demás expresiva, revelaba un alma noble y franca. Su cabello era negro como la noche, y su vestido sencillo denotaba su profesion de cazador.

Martha, de ojos azules, cabello rubio y color sonrosado, de facciones perfectas y bellas, de talle esbelto y pies y manos diminutos, hacia estremecer por la frialdad de su mirada: podria creerse que carecia de corazon.

Sentados se encontraban á ambos lados del hogar, contemplando silenciosos la rojiza llamarada del fuego: profundos suspiros se escapaban del pecho de Willem, sin que Martha pareciera apercibirse de ello.

Daban las nueve en el reloj de la aldea, y los dos hermanos, como movidos por el mismo impulso, se levantaron para dirigirse á sus habitaciones. Una mirada de desesperacion dirigió Willem á su hermana, que fué á estrellarse en la fria expresion de ésta.

Hasta cuándo ¡Martha!—exclamò.—

Willem—le contestò ella—en nada he variado hasta aquí, y en nada variaré en adelante. Si Ida Wolf ha robado tu sosiego, Ida Wolf te lo devuelva.

—Espera, Martha:—dijo Willem con acento suplicante, al ver que su hermana se disponia á marchar:—tú tienes pruebas de la inocencia de Ida... Ella así me lo ha asegurado... Habla por compasion.

—Yo no sé nada, Willem, no he visto nada, no tengo prue-

bas ningunas. Quien te ha robado la calma, te la devuelva.

Y fria é impasible, se dirigia á su habitacion, dejando á su hermano sumido en la mayor angustia y desesperacion, cuando sonaron dos golpes secos á la puerta de la cabaña.

—¿Quién llama á estas horas y qué busca?—preguntó Willem con ronco acento.

Y desde afuera contestaron con tono imperativo:

—Abrid á un pobre peregrino.

Mal venia la humildad de la súplica con el tono en que se hacia; Martha detuvo sus pasos, y Willem, como subyugado por aquel acento, se dirigió á abrir la puerta.

En el dintel de ella apareció un anciano: debia ser extranjero, pues sus vestidos no eran los del país: cubria su cuerpo una larga túnica gris oscura, é iba rebozado en un manto rojo, cuya capucha ocultaba parte de su semblante, dejando ver una gran barba blanca, en la que brillaban algunos copos de nieve.

—Cruda noche hace, hermanos,—dijo al entrar—y no extrañaréis que pida albergue, pues la jornada ha sido larga y el frio por demás intenso.

—Esta no es hospederia—dijo Martha con altanero tono—y estando tan cerca la aldea, pudisteis muy bien no haber venido á molestarnos.

—Cállate, hermana—le dijo Willem precipitadamente.—Y vos, buen anciano, perdonad y obrad, cual si estuvierais en vuestra casa.

El extranjero acababa de alzarse la capucha: su semblante decrepito se hallaba animado por una sonrisa infernal: sus ojos centellantes se habian clavado en los de Martha.

Esta se estremeció, y no pudiendo sostener tal mirada, bajó la vista hacia el suelo; mas, á su pesar, sus ojos volvieron á encontrarse con los del anciano.

Este se dirigió al hogar, con la vista fija en Martha, y ocupó el asiento, que acababa de dejar el cazador. Ella, fascinada, fué con lentos pasos, y á su pesar, á ocupar el suyo.

Willem contemplaba con asombro este cuadro, indeciso en la determinacion que habia de tomar. Pronto rompió el silencio el desconocido, dirigiéndose á los dos hermanos.

—Oidme—les dijo—conozco vuestra vida, y sé lo que pensais en este momento respecto de mí. Vosotros no me conocéis, y yo os voy á decir quien soy.

Me llamo Kerim-Rok, dervis persa, de la religion Schiita, y vivia en Ispahan, hasta la última persecucion del incrédulo é impío tirano Nadir-Sehab.

Degollados mis compañeros en las plazas y calles de la gran ciudad, juré vengarme; y habiendo tenido entre mis manos al tirano feroz, fui débil, cedí á las súplicas de una mujer, y le

perdoné.

Después, cogido por él, temí á la muerte, abjuré mis creencias, y adulé al Schah.

¡Maldito por haber faltado á mis juramentos!—Una noche se me presentaron los espectros de mis compañeros, y me ordenaron partir, hasta que hubiera espiado mi debilidad.

Desde entonces, recorro la tierra en todas direcciones; cuando salí de mi patria era muy joven; ahora ya veis cuán viejo soy; fácilmente comprenderéis cuanto habré andado.

Eblis, el príncipe del mal y de la noche, es mi compañero me sigue á todas partes, me impide espiar mi crimen, y aun ahora que no tiene poder sobre mí, me amenaza oculto entre las sombras.

Esta es la hora de la expiación; años hace que, á mis pies el poderoso Schah, pedía con angustia la vida; años hace que fui débil. ¡Cuántas víctimas desde entonces!

Oyeme bien, Martha: Ida Wolf, la amada de tu hermano, es digna de su amor; tú lo sabes, las pruebas están en tu poder, y con tu frío egoísmo haces más dolorosa su suerte.

Profesas la máxima de no hacer bien ni mal á persona alguna; y sin embargo estás destrozando el corazón de tu hermano hace mucho tiempo, y sin embargo el alma de Ida rebosa en sentimiento y amargura.

Porque tú sola tienes las pruebas de su inocencia, y no las quieres presentar; porque tú sola sabes á qué hombre recibió en su casa, y tu boca permanece muda.

Tu egoísmo mata: quisieras ver feliz á tu hermano, sin hacer tú nada para su felicidad, porque tú no tienes la culpa de que las apariencias engañen y no estas dispuesta á hacer brillar la verdad.

Seca está tu alma, como los árboles de la selva: frío tu corazón, como la nieve, que se desprende de las nubes.

Mi expiación ha de quedar cumplida en esta noche, labrando la felicidad de tu hermano. Seis años há, que en noche como ésta, he podido dominar á Eblis, y he cumplido con los preceptos que me señalaran.

Martha, abre tu corazón á la caridad, muestra las pruebas de la inocencia de Ida. Habla.

—Los dos hermanos habían escuchado con asombro las palabras del viejo dervis. Al llegar á la historia de los amores de Willem, el rostro de éste se animó con una sonrisa de satisfacción, mientras el de Martha permanecía impasible.

A la interpelación del anciano, nada contestó, y contrayendo desdeñosamente el labio inferior, se encojió de hombros.

—Martha-volvió á decir el peregrino—¿Quieres contestar? ¿Quieres decir lo que sabes?

—Nada sé—dijo ella con frialdad—vea cada cual lo que más le conviene: averigüe la verdad quien le interese.

—¿Acaso no quieres ver feliz á tu hermano? ¿Acaso no quieres poner término á mi espiacion?

—¿Y quién me dice que no estais de acuerdo con Willem?

—¿Quién?—dijo el dervis animándose por grados:—mis palabras, y mi ancianidad, y mis padecimientos.

Ya te lo he dicho. Yo soy Kerim-Rok, de la tribu de los Cadjar. Mi patria es hoy el mundo, mi inspirador Alláh, mi remordimiento Eblis.

¿Quieres más pruebas? pues bien, ya va llegando la hora de su reinado; di una palabra, y alabaré y bendeciré tu nombre: haz feliz á tu hermano, y me harás tambien á mí.

—Yo no digo nada—fué la respuesta de ella.—Si Ida es inocente, indáguelo Willem.... si era su hermano el que la visitara, ¿á mí qué me importa?

Antes que concluyera estas palabras daban las diez en el reloj de la aldea, é instantáneamente un resplandor rojizo iluminó la habitacion, y una sombra infernal se dirigió al dervis.

—Soy feliz—exclamó Willem, al oír las últimas palabras de su hermana, y salió precipitadamente de la cabaña.

Sonó un rujido, el cárdeno fulgor y la sombra desaparecieron, El dervis, arrodillado, murmuraba una plegaria. Martha, aterrada, se habia refugiado en un rincon.

Poco despues el anciano se levantó y dirigiéndose á Martha, exclamó con voz solemne y terrible:—

—Martha, hija de Fritz, no has vencido tu egoismo: en contra de tu voluntad has hecho feliz á tu hermano, y cumplido mi espiacion: nada te debemos: muerdes la lengua que dejó escapar tu secreto: Eblis sea contigo. ¡Maldita seas!

Y dirigiéndose á la puerta, salió; Martha se habia desmayado.

(Se continuará)

C. BARBERÁN RODRIGO.

XXX PALOMA

Yo tengo una paloma
Y canto para ella;
Como cantan las aves en el dia
A la Virgen Maria,
Volando al cielo por besar su huella.

De mi paloma es toda
 El alma enamorada;
 Como en noche serena del estío
 La gota de rocío
 Para el cáliz de flor es derramada.

De mi paloma es toda
 La fé de mis amores;
 Como son de la aurora sonriente
 Las nubes del oriente,
 Palacios de zafir y de colores.

Al eco de su arrullo
 Brota mi pensamiento;
 Como en dulces mañanas de auras llenas
 Brotan las azucenas
 A ser mecidas del pausado viento.

Al beso de sus labios
 Mi vista se adormece;
 Como al beso de loca mariposa
 La flor más ruborosa
 Sobre el tallo flexible se estremece.

Sin ella mi paz muere,
 Con ella se rehace;
 Como crece en la ola blanca espuma,
 Que en medio de la bruma
 En la misma oleada se deshace.

Y es esta la paloma,
 Que inspira mi querella;
 Y á la par que la adora el alma mía,
 La ardiente fantasía
 Entona sus cantares para ella.

Las sombras se disipan;
 El sol á oriente asoma:
 Mi paloma me arrulla desde el nido.
 ¡Adios, mundo fingido!
 Que yo voy á cantarle á mi paloma.

JACOBO RUBIRA.



A E...

—

¿Quieres saber quién soy? Arrebatadas
Entre la selva oscura,
Mira las hojas, que destroza el viento,
Cuando en el bosque zumba:

—

Mira la débil gota de rocío,
Que con la muerte lucha,
Y en la corola bebe de las flores
Esencias de dulzura.

—

Mira rasgarse las flotantes gasas
De la naciente bruma,
Cuando la luz del sol esplendorosa
En el espacio alumbrá:

—

Y mira, en fin, las ilusiones muertas,
Que el pensamiento cruzan,
Como deshechas tablas de un naufragio
Entre las rocas duras.

—

Y si despues «quién soy» no satisfecho,
Segunda vez preguntas,
Té dire soy un alma apasionada,
Sedienta de ventura:

—

Hoja, que tiembla en las flexibles ramas
Y con amor arrulla;
Gota, que liba en las nacies flores
Esencias de dulzura:

—

Nube de blancas alas, más inquieta
Que la hervorosa espuma,
Que hasta el movible límite del viento
La tempestad empuja:

—

Ilusion de matices infinitos,
Dentro del alma oculta,
Que un corazon, que comprenderla sepa,
Enamorada busca.

—

A. G.
